



## *Relatos de la “Sīrat al-thāhir Baïbars”*



### **VI – Muerte en el hamam**

#### **20 – Cosa de pingües beneficios**

Edición y traducción para [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)

esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos

Fecha de Publicación: 2020

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.

Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)

[info@cedcs.eu](mailto:info@cedcs.eu)

## 20 – Cosa de pingües beneficios

Otro desencuentro de Baïbars con Sharaf El-Dîn, virrey de Damasco, y de nuevo la hipocresía y estupidez de este último, se vuelve contra él, al enviar un torticero mensaje al rey El-Mu'izz Aïbak...



**B**aïbars pasó esos tres días con El-Muzaffar, rodeado de honores y gozando de la más generosa de las hospitalidades. Fue entonces cuando se presentó ante él el Caballero sin Nombre, para recibir su certificado habitual; tras lo cual se fue por donde había venido. Luego, Baïbars se puso en marcha; pasando primero por Ma'arrat El-No'mân, en donde el capitán Sulaymân el Búfalo organizó un festín en su honor. Más tarde, después de despedirse de los *fidais*, se marchó, seguido de Sharaf El-Dîn (éste, como podréis imaginar, estaba totalmente molesto por el éxito de su rival) y de su ejército, que ondeaba y retumbaba como las olas de un mar furioso.

Atravesando estepas y desiertos, llanos y desfiladeros, pronto llegaron a Damasco. Avisados de su cercanía, los habitantes de la ciudad, grandes y pequeños, e incluso las doncellas y las recién casadas, fueron a su encuentro y les acogieron entre aclamaciones y festejos. El emir Baïbars se fue corriendo adonde su madre adoptiva, Dama Fâtme'h hija de El-Aqwassi, para saludarla y recibir su bendición; después de reunió con Sharaf El-Dîn para decidir lo que habría que hacer con el rescate recibido por los cuatro reyes.

- Coge dos *jaznehs* para ti, y yo me guardaré las otras dos –le propuso Baïbars.

- Es muy amable de tu parte... aunque, yo te aconsejaría que mejor le enviaras las cuatro *jaznehs* al Comendador de los creyentes, El-Mu'izz Aïbak, para que las vierta en el tesoro de los musulmanes. En este caso, sería lo más prudente, pues, si las guardamos nosotros, él podría considerarnos rebeldes a su autoridad, y ¡pobre del desgraciado que provoca la cólera de los reyes! En fin, haremos como tú digas...

Pero estas palabras irritaron profundamente a Baïbars, que se levantó bruscamente, con los ojos relampagueantes.

- ¡Muy bien!, ¡puesto que lo quieres así, retiro mi propuesta! –le anunció-. ¡No solo ya no te ofrezco compartir el rescate de los reyes, es que además no vas a ver ni su color!

Y Baïbars se marchó, fuera de quicio ante la bajeza y cobardía de su asociado; desde ese día, se encerró en el palacio de su madre, dejó de asistir al Consejo, y rompió todas sus relaciones con Sharaf El-Dîn.

Pero Sharaf El-Dîn redactó en secreto un informe para El-Mu'izz Aïbak; después de sellarlo se lo entregó a un correo tártaro, que montó de inmediato en su cabalgadura y se fue directo a El Cairo. En cuanto llegó a su destino, el Tártaro fue introducido ante Aïbak, al que saludó, besó las manos, y entregó la misiva al que correspondía; tras lo cual, se retiró junto a la puerta, esperando a que le dirigiesen la palabra.

Mientras tanto, Aïbak había ya roto el sello y leído el mensaje que, tras los saludos de rigor, decía así:

*“De tu servidor y lacayo Sharaf El-Dîn Issa Nâsser, virrey de la ciudad de Damasco, pueda el Señor colmarla de sus bondades.*

*Sometemos a tu Altísima Majestad la situación siguiente:*

*Emprendimos una campaña contra los cuatro reyes francos, y les presentamos batalla en la región de Suwaydiyyeh. Gracias a tus plegarias y tu magnánima consideración, nos ha sido dado el salir victoriosos, capturando a dichos reyes. A estos, una vez vertida una cantidad de cuatro jaznehs, les hemos perdonado y puesto en libertad.*

*No obstante, tras la batalla, Baïbars se ha apoderado de botín y ha procedido a distribuirlo él mismo, favoreciendo escandalosamente a los paletos de los ismailíes, y absteniéndose de dejar ni siquiera una quinta parte para el tesoro público. Y más aún, cuando regresamos a Damasco, le dije que enviara los cuatro jaznehs al Comendador de los Creyentes, para que éste los depositara en el tesoro, lo que Baïbars rechazó de forma categórica. Desde entonces, se ha retirado a su casa y ha roto toda relación conmigo. Por todo ello, nos ha parecido necesario poner en conocimiento de esta situación a Vuestra Altísima Majestad, con objeto de que toméis las medidas que juzguéis oportunas. Saludos.*

**Y el narrador continuó su historia de la siguiente manera...**

Cuando Aïbak supo el contenido de este mensaje, se enfureció terriblemente, hasta el punto de no distinguir la noche del día. En el acto redactó una respuesta, a selló y se la entregó al tártaro para que se la llevara a su señor; hizo que le dieran una buena recompensa, recomendándole que fuera rápido y guardara el secreto. El correo tártaro montó a caballo y se dirigió rápidamente hacia Damasco. Sin darse un descanso, se presentó ante Sharaf El-Dîn, le saludó, se inclinó ante él, le deseo larga vida y gloria eterna, y le entregó la carta. Sharaf El-Dîn la cogió, rompió el sello, y tras los exordios al uso, leyó lo siguiente:

*“Si, como tú pretendes, te has mantenido leal al Estado, ya puedes írtelas arreglando para liquidar a Baïbars y mandarme aquí su cabeza. Si te niegas a hacerlo, te destituyo y entrego tu cargo al emir Baïbars, ordenándole que te de muerte, confisque tus bienes y extermine a toda tu familia. A buen entendedor...*

*Saludos.”*

La misiva dejó a Sharaf El-Dîn abatido y consternado, y se arrepintió amargamente de su deslealtad... ¡pero demasiado tarde! Al no saber qué hacer, y temiendo por su vida, reunió a los principales notables de Damasco, junto con los veinticuatro *sanjacos* y les puso al corriente de la situación en grandes líneas, guardándose muy bien de su previa correspondencia con Aïbak.

- El Comendador de los creyentes El-Mu'izz Aïbak me ha ordenado que condene a muerte al emir Baïbars y que le envíe su cabeza –les dijo–. Y yo, en estas circunstancias, no sé qué hacer, por eso solicito vuestra ayuda.

Pero, hete aquí que entre los veinticuatro *sanjacos*, había dos que gozaban de una mayor autoridad: eran Yamâl El-Dîn Yaghmûr y Mohammad Ibn El-Dâyeh (pero estos, como supongo que os acordaréis, eran, en secreto, fieles a Baïbars) y fueron ellos los que respondieron en nombre de todos los notables.

- Tú eres el que nos gobiernas, emir, y eres tú e que debes guiarnos. De modo que actúa como mejor te parezca, y nosotros te obedeceremos.

- Bien, bien, creo que esta vez, verdaderamente tengo un buen plan... pero si queréis que os diga de qué se trata, tenéis que empezar jurándome guardar el secreto más absoluto y no decírselo a nadie.

Todos juraron solemnemente que jamás pronunciarían una palabra sobre ese asunto ante ningún alma viviente, y aún menos delante de Baïbars.

- Esto es lo que voy a hacer –prosiguió Sharaf El-Dîn–. Voy a presentarme adonde Baïbars con el pretexto de que quiero reconciliarme con él; le ablandaré con buenas palabras, y luego, para festejar nuestra reconciliación, organizaré para él un gran banquete en tal jardín (y les indicó uno de los jardines de Damasco). Naturalmente, vosotros estaréis invitados. Cuando acabe el banquete, nos pondremos de acuerdo para que cada uno de vosotros, por turno, organice otro banquete parecido. Al final, para cerrar la serie, yo os invitaré de nuevo, pero esta vez será en La Ciudadela... en donde ocultaré a quinientos guerreros aguerridos, armados de pies a cabeza. Cuando Baïbars venga a la cita, solo traerá con él a unos cuantos hombres; con lo que nos resultará fácil apoderarnos de él y cortarle la cabeza, que enviaremos a Aïbak. De ese modo saldremos airosos de este enojoso asunto.

- En efecto, tu plan es bueno, nada tenemos que decir al respecto –aprobaron los notables.

Pero, Yamâl El-Dîn Yaghmûr y el emir Mohammad Ibn El-Dâyeh, que no estaban dispuestos a ver perecer a Baïbars, se reunieron en secreto para consensuar una línea de actuación; fue entonces cuando el primero tuvo una idea brillante:

- Aunque es cierto que hemos jurado ante Sharaf El-Dîn que no pronunciaríamos palabra alguna que pudiera poner en peligro su plan; nada nos impide consignar todo por escrito en un trozo de papel y hacérselo llegar sin tardanza al emir Baïbars. A tal efecto, podríamos valernos del sheij Mohammad el Guardián de los Secretos: de ese modo, nadie sabrá nada.

## El narrador siguió así su relato...

Porque, había en aquellos tiempos en Damasco, un hombre famoso por su piedad y probidad, conocido como Mohammad, y de apodo: “el Guardián de los Secretos”, pues jamás desvelaba los secretos que se le confiaban. Era bien conocido de os notables y principales personas de la ciudad, a la que el prestaba numerosos servicios, a cambio de una recompensa.

Así pues, los dos *sanjacos* fueron a llamar a este personaje, redactaron un breve mensaje, lo sellaron y se lo entregaron diciéndole:

- Ve a llevar esto al emir Baïbars, pero sobre todo, guarda bien este secreto; como pago por las molestias, recibirás dos monedas de oro.

Asegurándoles su obediencia, el sheij Mohammad cogió el mensaje, se fue al palacio de Dama Fâtmeħ hija de El-Aqwâssi, e hizo que le introdujeran ante el emir Baïbars. Éste se hallaba en su salón, sin otra compañía que la de su hermano el shah Taqtemûr, de su sobrino, el shah Edagmûsh y su lugarteniente, el shah Qafyaq el Dailamita. El hombre avanzó, saludó al señor de la casa y, tras besarle las manos, le deslizó el billete en la palma de la mano, luego, sin pronunciar una palabra, dio unos cuantos pasos hacia atrás. Baïbars leyó rápidamente el billete y lo arrojó al fuego; hecho esto, sacó veinte monedas de oro y se las entregó al sheij, rogándole que guardara bien el secreto. El sheij se marchó, deseándole larga vida y victoria sobre todos sus enemigos, y se fue al encuentro de Mohammad El-Dâyeh y Yamâl El-Dîn Yaghmûr.

- Ya está –les comunicó–. He entregado el mensaje a Baïbars. Pero él solo me ha dado veinte monedas de oro: es todo lo que Dios le ha inspirado que me entregara.

Los dos hombres le dieron entonces otras dos monedas de oro.

Mientras tanto, Baïbars redactó una misiva dirigida al capitán Hasan El-Hôrâni, poniéndole al corriente de la nueva intriga urdida por Sharaf El-Dîn. El mensaje concluía con estas palabras:

*“...así que te pido que avises a los capitanes ismailíes, los reúnas y llesves a la parte más alta de Damasco para mostrar a Sharaf El-Dîn cómo me las gasto yo. Os repartiréis en pequeños grupos y os mantendréis ocultos en las aldeas y campos vecinos, y cuando escuchéis el cañón de la Ciudadela, entraréis a la fuerza en la ciudad y os apoderaréis de las murallas y las puertas; pero os pido encarecidamente, que no hagáis daño alguno a la población civil. Saludos”*

## El narrador continuó así...

En cuanto leyó esta carta, el capitán Hasan El-Hôrâni ordenó que encendieran las hogueras de guerra sobre la torre de homenaje de su castillo. Cuando vieron la señal, los castillos vecinos también encendieron sus propios fuegos, y todos hicieron los mismo. Muy pronto, los *fidauis* se pusieron en marcha, convergiendo de todas partes del Hôrân. Cuando todos se hubieron reunido, los ochentaicinco capitanes, cuidadosamente

disfrazados, se pusieron en ruta hacia Damasco, no sin hacer antes sus últimas recomendaciones a sus lugartenientes y a sus hombres:

- Ocultaos alrededor de la ciudad y, cuando escuchéis el disparo del cañón de La Ciudadela, entrad todos a la fuerza. Pero sobre todo, no hagáis daño a los habitantes.

De modo que los capitanes se fueron a reunirse con Baibars y se ocultaron en su palacio. En cuanto a Sharaf El-Dîn, poco después de la reunión en a que se puso de acuerdo con los notables de Damasco para asesinar a su rival, envió a buscar a Baibars, le acogió con la máxima cortesía, le presentó sus excusas y le manifestó su deseo de reconciliarse con él.

- No me lo tomes a mal, hijo mío –le dijo–. Reconozco que me he portado mal contigo, pero es conveniente que te muestres clemente.

- Escucha, tú también tuviste la culpa, mi querido emir –respondió Baibars– ¡Cómo, después de haber usado nuestras espadas contra los enemigos de la religión, haberlo derrotado, y capturado a sus reyes, íbamos también a mandar nuestro botín a ese donnadie de Aïbak, para llenar aún más su gorda panza! Cuando los cuatro reyes se pusieron en campaña, no quiso levantar ni un dedo para defender a los habitantes de Alepo que le pidieron socorro, con el pretexto de que Alepo y Damasco eran de nuestra incumbencia, de la de nosotros dos. Y ahora, dime: ¿también haría falta que yo le enviara el dinero?

- Por mis barbas, que tienes razón, hijo mío –concedió Sharaf El-Dîn. Yo, lo que te dije aquel día, fue sobre todo por miedo a lo que pensara la gente...

Entonces, Baibars le propuso nuevamente repartir el rescate de los reyes, pero el otro se guardó de aceptarlo:

- Escucha, hijo mío, ¿qué más da que el dinero esté en tu casa o en la mía? ¿Acaso no somos aliados y amigos para todas las cosas? A propósito, me harías muy feliz si te dignaras hacerme el honor de tu presencia este próximo viernes en un banquete que he organizado para ti en tal y tal jardín.

- Escucho y obedezco –consintió Baibars, sin dejar entrever los sentimientos que le invadían. Al que pide de esa manera, hay que pagarle con la misma moneda.

Llegado el día del banquete, los notables y los grandes *sanjacos* de la ciudad se presentaron allí, al igual que Baibars, que se hizo acompañar por una escolta de dos cientos guerreros de élite, entre los que se encontraban los ochentaicinco capitanes ismailíes, disfrazados de soldados de la tropa. Al llegar, contempló el jardín en el que se iba a desarrollar el banquete: le pareció más embriagados que el mismísimo paraíso. Como es natural, Sharaf El-Dîn también estaba allí; ya se veía él consiguiendo su objetivo, sin tener ni la más ligera idea de lo que el porvenir le reservaba...

Al final del banquete, uno de los notables, dirigiéndose a todos los asistentes dijo:

- ¡Por Dios, que esta velada campestre ha sido muy agradable! Así que a mí también me gustaría que, e viernes que viene, os dignarais venir a tal jardín –y les dio el nombre de otro jardín–. Sería un gran honor para mí teneros en mi mesa.

- ¡Encantados! –respondieron todos.

Así que, al siguiente viernes, se reunieron de nuevo, y estas reuniones se convirtieron en una costumbre, cada uno de los notables, cuando le llegaba su turno, invitaba a todos los demás a un banquete. El último de la serie, Sharaf El-Dîn tomó de nuevo la palabra:

- Pues bien, ahora me toca a mí invitaros. Pero, esta vez, lo haremos en La Ciudadela: porque al final, se ha hecho algo aburrido ir siempre a los jardines... Así que ¿os espero allí?

- ¡Tus palabras son mil veces órdenes! –asintió la concurrencia.

\*\*\*\* \* \* \* \* \*

Próximo relato de “Muerte en el hamam”

VI.21 - “Baïbars se rebela”